

# ASTRALIS 3

· ASIRIA

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis 3 · Asiria

© Antonio J. Bazalo. 2009.

Registro de la Propiedad Intelectual: B-6735-08

Diseño de cubierta: Antonio J. Bazalo.

1º edición: Barcelona, noviembre de 2009.

Visite la web oficial de Astralis en: [www.astralis-saga.com](http://www.astralis-saga.com)

UN OCEANO DE FUEGO

El Universo es una historia, la más antigua de todas. Todo aquello que la forma, desde el polvo estelar hasta los agujeros blancos, son sus palabras, sus frases, párrafos y capítulos completos.

Todo estaba escrito; todo se escribía.

Allá donde mirase, Anne-Marie Belmont veía una infinita estepa de luz. Ningún humano resistiría mirarla. En el cielo, inmensas llamaradas de fuego se elevaban y cruzaban como tormentas. Bajo sus pies, muy por debajo de la fotosfera, sentía la fusión de los protones en los núcleos de helio y la presencia de los neutrones.

El calor debería asfixiarla y desintegrarla.

Con los ojos de su alma traspasó la cortina de fuego que ocultaba el espacio a su vista. Entre las estrellas, Anne reconoció ciertos elementos a destacar por su dedo:

-Marte -dijo, y rodeó con luz astral un punto rojo en el firmamento.

-Gaia -nombró después, y señaló una luz tenue de color ocre.

Por último, en el interior de un enjambre de centellas flotantes en el espacio, entre ambos planetas, prestó atención a un punto azulado:

-Dumas.

A millones de kilómetros de distancia, el general Dumas Deneb-Algiedi buscaba a Anne. Tras rastrear cada centímetro cuadrado de Tharsis, había volado más allá de la atmósfera de Marte y se había internado en el frente del espacio.

«Dumas», escuchó de repente en su mente.

-¡Anne! -reconoció él-. ¿¡Eres tú!? ¿¡Dónde estás!?

-Muy lejos de ti -respondió con un tono inesperadamente apacible-, no tengo mucho tiempo.

-¡Dime dónde estás! ¡Iremos en tu busca!

-No, Dumas, escúchame. Debes volver a Gaia de inmediato, Lyrae te necesita.

-¿Lyrae? ¿Qué quieres decir?

-Tu hijo está a punto de nacer, ambos te necesitan más que nunca. Abandona la batalla, siquiera la idea de buscarme. Ve con ellos. Ahora, ambos son tu deber.

-Pero, ¿y tú, Anne? ¿Dónde estás?

-Ya te lo he dicho, muy lejos. No volveremos a vernos nunca más.

-¡No digas eso! Nosotros...

-Ruego porque sepas defender a mi querida Gaia -interrumpió ella-. Si ves a mi familia, diles que les quiero. A Tellos, dile que me perdone.

-Anne...

-Adiós, Dumas -y la voz de la joven Anne se desvaneció.

-¡No, Anne! ¡Anne!

Suplicó en vano, ella ya no podía escucharle. Lanzó su mirada hacia la profundidad del espacio, más allá de las espadas y las baterías de energía astral. Un punto de luz que debía ser azul, brillaba con un apagado tono parecido al oro viejo. Allí, rodeada por un infierno desatado, la mujer que amaba sufría.

-Lyrae -musitó él-. ¡Lyrae!

Batió las alas y emprendió el camino de regreso a Gaia, en auxilio de Lyrae Daustralis.

Anne agachó la cabeza, resignada. Su mirada se perdió en la luz blanca y pura que tenía a sus pies. A su alrededor, varias figuras

humanoides, imponentes y gigantes, hicieron acto de presencia. Sus cuerpos eran traslúcidos y de diversos colores. A su espalda, una voz irrumpió en aquel silencio:

-Es la hora, Anne-Marie de Gaia -dijo.

-Sí -admitió ella-. Es la hora.

EL NACIMIENTO

El don de la inmortalidad parecía aún presente en las fuerzas del general Dumas. Había surcado el vacío espacial entre la Tierra y Marte tres veces, y ahora recorría una cuarta travesía de regreso a Gaia, a través de la cruenta batalla, hacia el amor de su vida y dejando tras de sí la misteriosa despedida de la joven Anne.

Los reservistas de Leviatán, concentrados en la cara visible de la luna, le increparon al pasar sobre ellos, pero ninguno le agredió. Así lo había ordenado su señor.

Dumas se acercó a la atmósfera. A muchos grados de latitud sobre él, Leviatán le lanzó una mirada de desprecio mientras volaba de vuelta al satélite:

«Disfruta el infierno que he creado para ti, y púdrete en él», le dijo desde la oscuridad de sus ojos.

El general de Astros llamó a su campo astral azul celeste y reforzó su armadura para superar la reentrada en la atmósfera. Bajo las nubes, los hombres púrpura de Leviatán le esperaban. La presencia invasora era un hecho consumado, para desgracia de todos.

Dumas voló a baja altura, a nivel del mar, y azotó las aguas con la fuerza de sus alas para tramar su huida. No quería luchar, aunque lo deseaba. Debía llegar a la isla, Lyrae le esperaba, le necesitaba, su hijo estaba en camino.

Avistó la costa, y los soldados de la ciudad salieron a cubrir su llegada. Mantuvieron a los enemigos a raya gracias a poderosas ráfagas de energía astral que lanzaban con las manos.

Con los pies al fin en tierra firme, Dumas se permitió el capricho. Concentró una gran cantidad de energía en su mano derecha, dio un violento giro a su espalda y la lanzó contra sus perseguidores. El océano entero se estremeció.

Exhausto, dejó caer el peso de su cabeza hacia atrás y levantó la mirada al cielo. El firmamento parecía una infinita lengua de fuego que bullía en todas direcciones.

-Oh, Gaia -sollozó.

-Señor, ¿Qué ha ocurrido? -preguntó uno de los soldados-. Las Alas empezaron a sangrar y después el cielo se incendió.

-No lo entiendo -protestó otro con ira-. ¿Cómo han podido saber dónde estaba la isla?

-Por lo menos no consiguen entrar -suspiró un tercero-. Aunque tengo la impresión de que nos ven. Mirad.

Miraron al cielo, varios de los hombres de Leviatán permanecían sobre ellos. Les miraban fijamente.

Por un segundo, Dumas les prestó atención y cayó en la cuenta de una cuestión en la que no habían reparado antes: el haz que Aêreos lanzó sobre Astros y que acabó con la vida de Nieni.

Sabían dónde estaba la isla desde entonces.

Pero, si esto era cierto, ¿por qué trataron de averiguarlo por la fuerza aquel día en la aldea de Shimla? Y lo más importante, ¿cómo averiguaron dónde estaba la isla de Astros?

Aquellos interrogantes debían esperar su momento. Lyrae estaba antes de todo. Dio la espalda al enemigo y encaró la ciudad. Tan débil estaba que ni volar podía, sólo contaba con sus piernas. Corrió a lo largo del Paseo de las Constelaciones, a contracorriente del resto de ciudadanos que avanzaban hacia la costa para participar en la protección de la isla, y alcanzó la escalinata que conducía a la entrada de Palacio.

Tres pisos por encima del Vestíbulo, en una dependencia privada del Gremio de Salud, reposaba Lyrae Daustralis entre fuertes dolores.

## ASTRALIS 3 · ASIRIA

Tumbada en una cama, llevaba sus manos a su gran vientre mientras el sudor le recorría la cara. Le habían quitado la ropa y llevaba tan sólo su camisón blanco, empapado.

-No hay cambios, Dama Daustralis -calculó una de las mujeres que la atendían-. Si no ha dilatado lo suficiente en unos minutos tendremos que sacarlo de otra manera.

-¡Pues hazlo ya! -le gritó Lyrae-. ¡No puedo más!

La joven hizo caso omiso, visiblemente preocupada, y se retiró a deliberar con las otras dos jóvenes que estaban con ellas.

-Por el amor del cielo -dijo en voz baja, aunque irritada-. ¿Cuándo va a llegar la maestra Centauri?

-Sabemos que nuestro mensajero llegó y que Ptolomia abandonó el frente -le contestó otra de las jóvenes-. Llegará.

-Sí, pero, ¿a tiempo?

Tras las puertas, en un salón anexo, aguardaba el joven Tellos Krohn. Cabizbajo, cruzado de brazos, haciendo y deshaciendo sus pasos a lo largo de la estancia y con sus pensamientos puestos en Anne. Se lamentó por no acudir junto a Dumas de regreso a Marte para unirse a ella. El cambio de roles le resultó absurdo, él con Lyrae de regreso a la Tierra y Dumas a Marte en busca de Anne.

Al fin y al cabo, él no era el padre de la criatura.

Escuchó pasos, y el mencionado apareció. Dumas llegó como una exhalación.

-¿¡Dónde está Lyrae!?

-Dentro. ¿Y Anne?

Dumas le ignoró y abrió las puertas de la habitación.

-¡Lyrae!

-¡Dumas! -exclamó ella desde la cama. Él quiso acercarse, pero las mujeres del Gremio de Salud se lo impidieron y le sacaron a empujones.

-¡Déjeme! ¡Quiero estar con ella!

-No, salga -le dijo una de ellas-. Tenemos que hablar.

-Consiguió hacerle salir de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

-Espero que tenga un buen motivo -advirtió Dumas.

-Sí, señor. Lo tenemos. Lyrae y su hijo corren peligro.

-¿Peligro por qué?

-Antes necesito que me responda a una pregunta, ¿desde cuándo está embarazada?

-No tengo ni idea. De repente, se puso así. ¿Por que no se lo pregunta a ella?

-Ya lo he hecho, pero se niega a contestar. Lyrae está claramente de parto, y por el volumen del vientre yo diría que casi fuera de cuentas, pero el resto de su cuerpo no lo sabe.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Tellos, quien decidió unirse a la conversación.

-Líder Krohn, estar embarazada es algo más que llevar a un niño en el interior de una barriga hinchada. El cuerpo de la mujer experimenta miles de cambios en todos los sentidos, pero en el caso de Lyrae no ha sido así. Hay un niño en su interior, pero su organismo no lo ve como tal, lo trata como a un intruso. Los dolores que tiene no son contracciones de parto, son espasmos producidos por su organismo para defenderse.

Dumas lanzó un hondo suspiro y se echó las manos a la cabeza, aquella situación era una locura.

-¿No puede sacarlo sin más?

-No, no es tan fácil -repuso ella-. Aunque le practiquemos un parto no natural, el organismo de Lyrae debe ser consciente de la realidad de la situación. Hemos pedido que venga la maestra Centauri, sólo ella puede ayudarnos.

Se abrió la puerta de la habitación en la que descansaba Lyrae, una de las mujeres que la atendían asomó la cabeza.

-Lita, ha parado -dijo.

-¿Cómo que ha parado? -reaccionó la mujer, y entró a la habitación seguida de Dumas y Tellos.

-Cariño -saludó el caballero, fue junto a Lyrae y le cogió de la mano.

-Dumas, no me dejes -le pidió ella.

-No me iré -le prometió, y le besó la mano.

-¿Cómo lo habéis parado? -preguntó Lita a sus compañeras.

-No hemos hecho nada, se detuvo sólo.

## ASTRALIS 3 · ASIRIA

Lita suspiró intranquila. En ningún caso podía tomar aquella nueva situación como un buen augurio. No había razones para ello.

-Con vuestro permiso -interrumpió Tellos-, volveré al frente. Mis mejores deseos para vosotros -dijo a Dumas y Lyrae, y dio media vuelta.

-Tellos, espera -llamó Dumas.

-¿Sí?

-Vas a buscar a Anne, ¿verdad?

-Naturalmente.

-No lo hagas -advirtió.

-¿Cómo que no lo haga? Explicate.

Dumas abrió la boca, algo tembloroso, y desveló a Tellos sus motivos:

-Contactó conmigo telepáticamente mientras la buscaba. Me dijo que no lo hiciéramos, que nos encargásemos de proteger la Tierra. Y...

-¿Y? -inquirió Tellos, visiblemente preocupado, y caminó hacia él.

-Dijo -musitó el caballero- que no nos volveríamos a ver nunca más.

El semblante del joven líder se tornó frío.

-¿Dónde está Anne, Dumas?

-No lo sé -reconoció él, negando con la cabeza.

Tellos llamó a su campo astral sobre su mano e invocó su magnetia. Seleccionó el Símbolo de Anne, pero ella no respondió.

-Maldita sea, Anne -dijo Tellos, rabioso-. Contesta.

-Antes de perder el contacto -dijo Dumas-, quiso que te pidiera algo.

-¿Qué?

-Que la perdones.

Con aquella revelación, Tellos supo lo imprescindible para desoir a su camarada, apagar su magnetia y tomar rauda la salida de Palacio. Fuera cual fuese el significado de aquella petición, había una realidad ineludible.

Había que buscar a Anne.

Salió al exterior con intención de alzar el vuelo y regresar al

espacio; a Marte, si fuera necesario; pero la escena que encontró era dantesca. La posición orbital se había perdido y los astrales se batían en retirada. Abatidos y hostigados, los derrotados tomaban tierra en Astros protegidos por la imprecisa defensa de la isla. Klausia Borealis llegó malherida en brazos de Mael Pleine. Con Dumas y Lyrae en Palacio y Ptolomia Centauri reclamada para ayudar en el parto, la cadena de mando se había roto.

Sólo quedaba él con autoridad. Y con el deber.

A simple vista pudo calcular que casi dos tercios esperaban su oportunidad para zafarse de los hombres de Leviatán y traspasar la barrera de protección de la isla. Los efectivos en tierra no actuaban con la debida coordinación, se necesitaba de una estrategia conjunta.

Tellos miró más allá de los aislados en el cielo, a las llamas que cubrían las estrellas. Anne estaba allá, en alguna parte. Y el misterio de su advertencia se debía de leer entre líneas. Alguien debía llegar hasta ella. Pero Tellos tuvo que tomar una decisión, y debía hacerlo en un escenario de guerra, de compañeros heridos en busca de auxilio y de la fortaleza del hogar.

Era su deber.

-Perdóname tú, Anne -dijo al cielo, y sin dejar de tenerla en su pensamiento, se hizo con el mando. Comenzaba el rescate.

Llamó a su magnetia y trató de dirigirse a todos a un mismo tiempo, pero se llevó una inesperada sorpresa: el sistema no funciobaba. Probó varias veces, pero no había señal. Tellos masculló alguna vieja maldición entre dientes, no podía ser que el sistema fallara. Pensó sobre ello, quizá este fallo explicaba que Anne no le contestase. Cayó en la cuenta de que tuvieron que mandar a un mensajero al frente para avisar a la maestra Centauri, es decir, que el fallo de magnetia era general.

Sin tiempo de preocuparse por el sistema de comunicaciones, procedió a ordenar a los hombres a viva voz. Compuso filas y mandó concentrar el fuego en un punto concreto. Después ordenó abrir el objetivo para que las andanadas amigas crearan un perímetro de seguridad, al tiempo que un grupo de cinco de ellos disparaban a discreción para distraer a los hombres de

Leviatán.

La estrategia funcionó, y los compañeros del exterior se abrieron paso hasta los límites del campo protector de Astros. Varios enemigos descubrieron la táctica y se internaron en el pasillo de salvamento. Cuatro parejas de soldados de Inteligencia alzaron el vuelo hasta la frontera para disuadirles con la espada mientras los camaradas entraban en el espacio interno de la isla.

Estaban a salvo.

Tellos vio entre ellos a la maestra Centauri y corrió hacia ella.

-¡Maestra! ¿Cómo se encuentra?

-Estoy bien, Tellos. ¿Dónde está la Dama Daustralis?

-En las dependencias del Gremio de Salud. Por favor, vaya aprisa. Yo me ocupo de los heridos.

Ptolomia asintió y corrió hacia Palacio. Tellos permaneció allí para organizar el protocolo de auxilio. Aquellos que estuvieran de una pieza debían unirse a la defensa de la ciudad; los que no, recibirían los cuidados necesarios.

Lyrae agarraba con fuerza la mano de Dumas. La tregua había pasado y el dolor en su vientre había vuelto con más fuerza que antes.

-Por el amor de Gaia, ¿no podéis calmarla? -preguntó colérico a Lita y sus ayudantes.

-Lo hemos intentado todo -repuso ella, resignada-. Tiene todo el sistema nervioso desbocado, ninguna técnica de sedación funciona.

Ptolomia entró en aquel preciso momento sin llamar siquiera a la puerta.

-¡Maestra! -celebró Lita, aliviada-. Gracias a Gaia que ha vuelto.

¿Cómo está? -preguntó Ptolomia mientras se arremangaba.

-Ni yo misma sabría decir -reconoció la joven, derrotada por la excepcionalidad de la caso.

-Sácamelo ya, por lo que más quieras -apremió Lyrae a la maestra.

-Paciencia, Lyrae -le contestó-. Antes de nada, necesito que te calmes.

-¡Maldita sea, cómo quieres que me calme!

-Lyrae, por favor, haz lo que te dice -le rogó Dumas.

-¡Que me lo quite ya! -gritó la vidente, ciega por el dolor-. ¡No lo soporto!

-¡Céntrese un poco! -exhortó Ptolomia-. Concéntrese y abra su campo astral, necesito examinar sus chakras.

Dumas acarició el rostro de Lyrae y consiguió aliviarla el instante suficiente para que ella llamase sobre su cuerpo a sus puntos vitales. Ptolomia se situó a los pies de ella, llamó a su propio campo astral y tomó el chakra Muladhara de la vidente, situado en la parte más inferior del tronco.

-Lyrae, ¿desde cuando estás embarazada? -preguntó la maestra, desconcertada.

La vidente guardó silencio un momento, en busca de los ojos de Dumas. Le pidió con la mirada que fuera fuerte, pero sobre todo, que la perdonara por lo que estaba a punto de revelar:

-Desde antes de la creación del Velo del Olvido.

-¿Cómo has dicho? -preguntó Ptolomia, con largas pausas entre cada palabra, completamente incrédula.

-Lyrae, ¿cómo...? -titubeó Dumas, atónito-. ¿Por qué nunca lo dijiste?

-Porque cuando lo supe ya era tarde -respondió ella-. Los efectos del Velo pausaron mi embarazo, intenté todo lo que pude, pero nada funcionó. Pensé que debía dejarlo estar y olvidarlo.

-No la creía tan insensata -gruñó Ptolomia, negando con la cabeza-. Ahora que ya no somos inmortales, su embarazo ha continuado. Debí advertirnos cuando comenzó todo esto.

-Pero hay algo que no tiene explicación -intervino Lita-. ¿Por qué el feto se ha desarrollado a esta velocidad? ¿No debería haber continuado a un ritmo natural?

-Buena pregunta -asintió la maestra.

-Creo que puedo responderos también a eso -dijo Lyrae-. Los arcanos nos informaron bien sobre los detalles de la decisión de Anne. Al parecer, usó el Árbol de las Akasias para anular nuestra

inmortalidad. Si esto fue así, si realizó alguna operación con los Símbolos en el Árbol, no pudo hacer nada por mi hijo.

-No lo entiendo -dijo Lita.

-Yo sí -afirmó Dumas-. Del Árbol penden los Símbolos de los humanos vivos y muertos, pero no de los no nacidos. Si Lyrae está en lo cierto, Anne no hizo lo debido con el alma de nuestro hijo.

-Por todas las estrellas -lamentó Ptolomia-. No puedo creer que esto esté pasando.

-Tiene sentido, maestra -dijo Lita-. Eso explicaría la evolución sobrenatural del feto y el hecho de que el cuerpo de la Dama Daustralis no lo reconozca como tal.

-Está bien, vamos a aclarar esto -pidió Ptolomia-. Estás de nueve meses, de hecho estás de parto, pero ni tu organismo ni tu mente lo creen porque no has pasado por las experiencias propias del ciclo de embarazo de una mujer.

Todos asintieron. Causas aparte, todo el problema se reducía a aquello.

-Déjame ver.

Ptolomia accedió a un listado de información en su campo astral y comenzó a buscar. Al mismo tiempo, abrió un listado similar en el chakara Muladhara de Lyrae.

-¿Qué va a hacer, maestra? -preguntó Lita.

-Voy a engañar a Lyrae.

-¿Cómo? -se preguntaron la vidente y Lyrae al unísono.

-Esto es un historial fisiológico. El organismo, a través del código genético y otros elementos, almacena información sobre los sucesos que ocurren en el interior. Crecimiento, enfermedades, lesiones... Todo queda registrado. Incluso es posible transmitir información de padres a hijos.

-¿Piensa trucar el historial del organismo de Lyrae? -preguntó Dumas con acierto.

-Así es. Yo tuve hijos, a los que por desgracia abandoné cuando fui elegida para formar parte de los mil. La información sobre mi experiencia en ambos embarazos están en mí, los introduciré en Lyrae. Con suerte, incluso podré engañar a su

organismo con la fecha de la concepción.

Dumas y Lyrae se miraron con cierto alivio. Al fin una posibilidad de un final feliz para un momento tan dramático.

En aquel momento, mientras sostenía la mano de Lyrae, Dumas recordó las palabras de Anne. Un inocente entre ellos que no tenía culpa de nada, uno a quien ya no podía salvar si finalmente anulaba la inmortalidad de los astrales.

Anne siempre supo la verdad, y siempre la dijo.

-Lyrae -llamó Ptolomia-, puede esto le haga sentir -caviló un segundo-, desorientada.

-¿Qué quiere decir?

-Es posible que la información contenga datos de memoria sensitiva. Puede que sienta alguna alusión pasada que no reconozca.

-¿Recuerdos?

-No, recuerdos no, pero sí sensaciones que crea haber vivido, cuando realmente no es así.

Lyrae reaccionó en aquel momento con un grito de dolor y arqueó la espalda sobre la cama. Ptolomia y Lita se miraron.

-Eso sí ha sido una contracción -reconoció la joven.

-Funciona -afirmó la maestra-. Increíble, ha dilatado ocho centímetros en apenas unos segundos. No me sorprende que le haya dolido, Lyrae.

-¿Podéis sedarla ahora, por favor? -pidió Dumas.

-Sí -dijo Lita-, ahora sí podremos.

-No -repuso Ptolomia-. Diez centímetros de dilatación, creo que ya veo la cabeza. Lyrae, lo siento, pero tendrás que aguantar y empujar.

Dumas apretó con más fuerza la mano de la vidente.

-Ánimo, cariño. Puedes hacerlo.

Lyrae, con el rostro empapado de sudor, asintió resignada.

-Vamos, ¡empuje! -señaló Ptolomia.

La vidente concentró todas sus fuerzas y empujó. La rabia le ayudaba a sobrellevar el dolor, tanto que temía los intervalos de descanso; en ellos, su voluntad flaqueaba. Aquellos instantes le parecían interminables.

-Una vez más -dijo Ptolomia-, vamos.

Lyrae inhaló profundamente por la nariz. El color pálido de su rostro estaba encendido por el esfuerzo. Las lágrimas le saltaban.

-Ya empieza a salir la cabeza, ya... -y las palabras de la maestra Ptolomia se quedaron ahí. Lo que vio ante sus ojos la enmudeció. Una extraña luz de color verde emanaba del interior de Lyrae. Acercó las manos y tuvo por fin el cuerpo del bebé. El resplandor procedía de su cuerpo, e iluminó por completo la estancia.

-Gaia -clamó la maestra, perpleja. Lyrae, exhausta, no fue conciente en los primeros momentos, pero los otros, Dumas, Ptolomia, Lita y las otras ayudantes observaron con asombro al recién nacido. Su campo astral, de color verde esmeralda, le rodeaba, y sus chakras brillaban a lo largo de su cuerpo.

Y lo más sorprendente: justo bajo Muladhara, el primer chakra, había un punto vital más. Un octavo chakra.

-¿Qué...? -musitó Dumas, incapaz de articular palabra.

Lyrae abrió los ojos y se incorporó. La visión de su hijo, al abrigo de aquella magnífica luz, la dejó petrificada.

-¿Qué es eso? -preguntó entre jadeos-. ¿Qué le pasa a mi hijo?

Ptolomia escudriñó más allá del resplandor y observó con detenimiento al bebé.

-Es una niña -descubrió finalmente.

La luz cesó, pero el suave tintineo de sus ocho chakras permaneció sobre su piel. El bebé yacía tranquilo y respiraba con normalidad.

-Dámela -le pidió Lyrae, y alargó sus brazos-, Ptolomia.

Lita reaccionó, cortó el cordón umbilical y acercó una pequeña manta blanca cubierta por una sobretoquilla de seda para envolver a la niña. Ptolomia entregó al bebé a los brazos de su ayudante, y ésta a su vez a la madre.

-Mi hija -sonrió Lyrae, conmovida-. Mírala Dumas, es preciosa.

-Lo es -dijo el caballero, emocionado, y tocó la mano de la pequeña. En ese momento, abrió por primera vez sus ojos. Eran de color verde claro, nunca había visto unos ojos así en nadie, ni

siquiera los de Tellos eran tan claros.

-Por fin se acabó -dijo Lita a su maestra mientras las otras limpiaban a Lyrae.

-No -le contestó Ptolomia en voz baja-, esto aún no ha terminado -advirtió, con sus ojos puestos en aquel bebé inaudito.

Tocaron a la puerta. Lita salió a ver quién era, se trataba de un mensajero:

-La maestra Borealis me envía en busca del general Algiedi.

-Un momento.

Lita cerró la puerta y se dirigió a Dumas, pero éste había oído al mensajero.

-Enseguida vuelvo -le dijo a Lyrae, y besó en la frente tanto a su amada como a su hija. Se levantó y salió de la habitación.

-¿En qué puedo ayudarte, soldado? -le preguntó Dumas.

-La maestra Borealis me envía en su busca, señor. Se le necesita en la defensa de la ciudad.

-¿Y te ha mandado para esto? ¿Por qué no me habéis contactado con magnetia?

-El sistema no funciona, señor. No conocemos el motivo.

-¿Como que no funciona? -preguntó Dumas, extrañado-

Déjame ver.

Llamó a su campo astral celeste en su mano y llamó a Klausia, pero en efecto, magnetia no respondía. Lo intentó con Tellos, pero tampoco le contestó.

-Rayos -maldijo-, ni Tellos responde.

-El general Krohn no está en el frente, señor -afirmó el mensajero-. Se fue.

-¿Que se fue? ¿A dónde?

-Lo ignoro, por eso la maestra Borealis requiere que se presente. Usted es el único general de la isla.

Dumas, desconcertado, pensó unos segundos. ¿Por qué no funcionaba Magnetia? ¿A dónde había ido Tellos?

«¡Annel!», comprendió entonces. «¡Ha ido en busca de Annel!»

El caballero despidió al mensajero, tocó a la puerta y entró en la estancia.

### ASTRALIS 3 · ASIRIA

-Cariño -le dijo Lyrae-, aún no hemos hablado del nombre.

-Ah, pues -Dumas se quedó cortado, no había entrado con aquel asunto en mente, de hecho, no había pensado en ello hasta entonces-, no sé, Lyrae. Hace apenas una hora que sé que iba a ser padre.

-Lo sé -dijo ella con una sonrisa-. Ptolomia ha sugerido el nombre de mi madre, pero no quiero. Me resulta una idea macabra.

-Vaya, entonces no te sugeriré ponerle el nombre de la mia. Oye, Lyrae, lo siento mucho pero tengo que ir al frente. Tellos se ha ido.

-¿Tellos? ¿A dónde?

-No tengo ni idea. Iré a la costa a hablar con Klausia. Volveré en cuanto pueda.

-Ten cuidado -le pidió Lyrae con un beso.

-Lo tendré, descansa.

Dumas abandonó Palacio y llegó hasta las defensas de la ciudad. Le costó encontrar a Klausia entre tanto alboroto de órdenes, intercambio de ráfagas de energía astral y explosiones. Las bajas se habían recuperado gracias a los cuidados de los miembros del Gremio de Salud y se habían reincorporado al servicio. El perímetro de toda la isla parecía seguro.

-¡Maestra! -llamó Dumas entre el tumulto-. ¿¡Dónde diablos ha ido Tellos!?

-¡Dijo que iba a buscar a Anne! -confirmó Klausia.

-¡Maldito idiota! ¡Le dije que no fuera! ¿¡Cómo superó el bloqueo!?

-¡No lo hizo -repuso ella-, usó nuestra salida submarina y salió por el cuadrante norte para evitar la luna!

-¿¡Evitar la luna, eso dijo!?

-preguntó él.

-¡Sí!  
Dumas ya sabía a dónde había ido Tellos. A Marte.